



La desigualdad de las fortunas es una injusticia, cuyo origen estriba en la insolencia de los ricos y la cobardía de los pobres. Pufendorf

MAUPASSANT Goethe, o la augusta serenidad y el periodismo de galería

Guy de Maupassant ha hecho de mano maestra la disección del periodismo y del periodista de galería. Cualquiera alegadizo, cualquier tenedor de fortuna, cualquier caradura con canchas a flor de epidermis puede aspirar a la gloria de la celebridad plumifera con simplemente tener un amigo que le aúpe. Y el amigo, especie de Meceñas emplumado, no tendrá a su vez más talentos que los de préstamo a su recatada consorte, verdadera enciclopedista gris del atildado redactor en jefe.

En el atildado de galería, la jerarquía suple al verdadero talento. La orden del director, especie de supervisor encasillado, de guardaguasas sin agujas, rebota de escalafón en escalafón hasta llegar al rellano reportero donde se apilan los troteros, la peonada, los mozos de estochos. Y la agucia, la necesidad y el hambre, la más talentada de nuestras virtudes, prepara, aliña y condimenta desde el artículo de galería a las informaciones más sensacionales sin rebasar los confines del café de la esquina.

Oh la magia de las entrevistas y reportajes a vuelo de milano! Veamos respirar por la herida a uno de esos fantasmas teoricos que evocamos, filtrándose por los tabiques de las antecámaras. El director ha dado la voz de: «personaje a la vista, enfundado en su cajalejo hacia el Bristol o el Continental. Voz de zafarrando de combate. Es una orden que equivale a «Vacíadme por dentro en dos minutos a ese linajudo oriental!» Y el reportero, camino del objetivo (el café de la esquina), dice para sus cuartillas:

—¿Qué necio eres! ¿Crees acaso que tengo necesidad de pedir a ese mandarín o marajá lo que piensa de Inglaterra? ¿Acaso no sé yo lo que piensan de Inglaterra todos los marajás y mandarines? He interpellado a más de quinientos de esos personajes: chinos, persas, hindúes y japoneses, y siempre responden lo mismo. Me basta consultar mi último artículo sobre el último recién llegado y copiarlo palabra por palabra, mientras fumo y bebo cerveza. Lo

único a variar es el hombre, sus títulos, la edad y los atavios. Pero a este punto, el conserje del hotel en que se hospeda puede informarme en cinco minutos. Ire mos a pie hasta allá. Total, un pico más a reclamar al periódico.

Había en el periodismo renacentista un cierto sabor de romántico heroico. Los artículos de fondo más solemnes podían tomarse al dictado de la amante o de la mujer legítima; las crónicas de alta política, de enjundia diplomática o de prosapia financiera, eran especie de gacetas ro gadas por personalidades oficiales parapetados en el anonimato; el personal redactorial, sin distinción de categorías, podía acudir al periódico para cobrar anticipos sobre la próxima mensualidad; a jugar a los naipes o al «bilboquet». Pero los usos y costumbres de la época sacaban a veces a esos emplumados del solaz de las recepciones distinguidas con música de coqueteo cursi y conquistas más o menos libérrimas.

Eran, aquellos, tiempos vidriosos del honor. Había una rivalidad despierta entre emplumados de diferentes granjas. Las rivalidades se condensaban en polémicas y querrelas para terminar a su vez en espectaculares duelos. En espectaculares más que otra cosa, pese a la gravedad y sigilo con que pretendían envolverse.

El honor de galería murió en manos del periodismo de galería, en postro estor de descredito, tras la época dorada del caballero romanesco. Cuando dejaron de batirse los profesionales del sable y del uniforme, que tanto ya dieron que hablar, el duelo fue una reliquia heredada por la nobleza de capa raída. Los nobles, a su vez, dejaron de batirse para debatirse (con la última hipoteca). Y la heroica institución del duelo, tras un breve interacto jocoso en las cámaras de diputados,uvo en manos del periodismo de gale-

ria como se cae en una tumba: para no levantarse más. Maupassant se complace en pintarnos, minuciosa y socarranamente, las intimidades duelistas entre emplumados de la era anterior a la estilográfica y a la «Remington».

Mucho menos sangrienta que la riña de gallos tropical es el duelo emplumado de granjas distintas. El director arrea a su paladín parodiando al feudal cuyo enojo o agravio, rango por delante, debe reparar el vasallo. Y el lance se dirime con salvas de pistolón desvenecado, sin más consecuencias que un proceso verbal.

Lo importante es el honor. Y el honor está salvado.

Como, al girar de uno de aquellos caleidoscopios, con los que distraíamos los inacabables ratos de ocio de la niñez, acuden a la mente y se van, imágenes que reflejan esas horas de calma, de concentración, al contacto con los libros. Inefables horas de lecturas, hechas allá y acullá, a lo largo de los años. Se recuerdan esos libros famosos, cuyos autores fueron elevados, por la posteridad, a la categoría de genios. De algunos queda el recuerdo fresco, nimbado de afecto; son los que resisten a una segunda lectura; libros que uno ha leído y releído, siempre con estima, siempre con renovado interés.

Celébrase este año el segundo centenario de Goethe. En agosto de 1749 nació, en Francfort, Juan

Wolfgang Goethe, considerado, no ya solamente como el hombre intelectualmente más representativo de Alemania en su siglo, sino que, en su vejez—falleció en Weimar, a los ochenta y tres años de edad—se dijo que era el «patriar-

ca intelectual» del siglo XIX. Posiblemente, como ha venido ocurriendo con el «Quijote», al «Fausto», al Werter», al «Wilhelm Meister», puedan dárseles distintas interpretaciones, dada la copiosa cantidad de ideas que en cada uno de ellos están condensadas, singularmente en el «Fausto», donde, no solamente cabe

observar el drama del sabio que, al llegar al ocaso de su existencia, se percató de que no ha gozado de los goces de la vida, de los placeres de la juventud. En esta obra quiso Goethe simbolizar las luchas intelectuales, los problemas filosófico-religiosos de su época, proyectados hacia el futuro. Decíale a su joven y devoto amigo Eckermann, que difícilmente llegarían los hombres a captar todo el vasto significado del «Fausto».

«Las citas de Werter», quizás, llegados a cierta edad, máxime en nuestros días y con nuestro modo de pensar, nos parezca un tanto hiperbólico un conflicto amoroso, como el de Werter, que culmina en el suicidio. Tal vez más aún que el suicidio de Mariano de Larra. Pero si consideramos que en la obra se refleja la agitación pasional, un tanto enfermiza, de la juventud de su época; si consideramos también que entre los dieciocho a los veinte años, todos hemos sentido algo de lo que Werter experimenta, incluso a veces ha surgido una Carlota en nuestro camino, tendremos en estima las bellezas, la poesía, el encanto que encierra la obra.

En el «Wilhelm Meister» (que caudal de pensamientos! Hay atinados razonamientos sobre educación y en torno al arte. Lo propio puede decirse de su libro «Viaje a Italia», tan rico en imágenes descriptivas, en datos históricos, en apreciaciones acerca de las costumbres respecto al arte y a la arqueología de aquel país.

Fué Goethe, para los poetas de su siglo, como un astro fulgurante del que no pocos buscaron ser satélites. Además, espíritu enciclopédico, inquirió y se adentró en las ciencias, descolando aparte de sus obras literarias, novelas, dramas y libros de poesías, tratados científicos, entre los que destacan sus libros «Teoría de los colores», «Ensayos de Historia Natural y de Morfología» y «Ensayos sobre la metamorfosis de las plantas».

Pocos hombres como Goethe han llegado a tener tal cantidad de panegiristas. En Francia, y entre los autores contemporáneos, P. Lasserre dice de Goethe que es uno de los más grandes maestros de energía moral». Y, según Camilo Mauclair es «uno de los maestros de la sabiduría activa». Realmente, sus libros están cuajados de pensamientos densos, substanciosos, sobre no pocos de los problemas vitales de la existencia. En sus «Memorias» en las «Conversaciones», recopiladas por Eckermann, hay una cantidad sorprendente de ideas que incitan a la meditación, evidenciando la portentosa inteligencia del autor de «Las afinidades colectivas».

Pero... No todo es genial en el genio. Su alta, su augusta serenidad, su obsesión por lo clásico en el arte, hacen que, ante problemas palpitantes y de un fondo esencialmente humano, aparezca insensible, frío, como el marmóreo friso de un templo helénico. Tal vez influya en ello el hecho de que, además de poeta, sabio y pensador, era Goethe hombre de Estado y, como tal, amaba la comodidad, el bienestar. Tiene maneras de palaciego, sabe adular a los poderosos. En la corte de Weimar es el confidente del gran duque Carlos Augusto. Se cuenta que, cierta vez, paseaban juntos por e Iparque de la ciudad Goethe y Beethoven. Por donde ellos iban acertó a pasar, cruzándose en el camino el duque con todo su séquito de palaciegos. Al llegar frente a ellos, Goethe se quitó el sombrero, inclinándose en ceremoniosa reverencia. Beethoven continuó andando, sin descubrirse y sin mirarlos siquiera. Después, el genial compositor, afeó con dureza a Goethe su actitud servil, diciéndole que, los únicos que en realidad valían y eran dignos de admiración, eran ellos dos y no el duque Carlos Augusto. Esta anécdota evidencia el modo de ser del uno y del otro.

Contemporáneos de Goethe, aunque mucho más jóvenes, habla también en Alemania dos grandes poetas, Holderlin y En-

Editorial ALBARDA SOBRE ALBARDA

De vuelta de la guerra reaparecen los sempiternos problemas que aquejan a los Estados en las épocas excepcionales llamadas de paz. Durante el fuego vivo del conflicto, los timoneles de la causa «civilizadora», los «salvadores de la civilización», nuestros «protectores contra la barbarie», agotan todos los recursos de la doblez y de la mentira para convencernos de que estamos haciendo la última guerra, cuya victoria por nuestras armas va a convertir al mundo en un dechado de perfección y en un nirvana de paz. Es la vieja e inveterada tetania de los estadistas que permite mantener al rojo vivo la llama guerrera, devoradora de nuestras jóvenes generaciones.

¿Proyectos? ¿Cuántos no fueron apuntados? Las soluciones más tibias, verdaderos partos de los montes, quedaron, a pesar de todo, en el proyecto. El Estado fu, siempre prolifero en proyectos de larga y fastidiosa tramitación, de empollamiento prolongado, de gestación trabajosa para terminar en aborto. El Estado, perseguidor violento del aborto en lo que tiende a disminuir el cupo de los cuarteles y de los ejércitos permanentes, es una constante función abortiva de proyectos de paz, de soluciones efectivas a la crisis que atosiga a nuestro siglo. Una de estas crisis, verdadera tesis galopante, es el caos económico producto del sistema de producción capitalista.

Concertada la tregua del armisticio, firmada la paz de los cementerios, los órganos gubernamentales atruenan los espacios pidiendo al pueblo un sacrificio heroico, siempre «el último sacrificio», para levantar la economía, reconstruir las ciudades derruidas por la metralla, nivelar la balanza comercial, poner en marcha a la nación. La consigna es trabajar y producir a marchas forzadas. Es un llamamiento a los trabajadores, a los soldados desmovilizados. El canto al trabajo y a los trabajadores; el himno de la colmena humana. La romanza al martillo pilón y al apero de la branza. «Producir, producir!»

Y a la voz de producción acelerada, de nuevo sacrificio por la patria, hace coro el resurgimiento de empréstitos, de cara al contribuyente indígena y de cara a la Banca extranjera. «Todo por la patria! «Todo por la nación!»

Y llegan los empréstitos. Se cubren con creces los índices financieros. Se reconstruyen los cuarteles, las iglesias derruidas por el enemigo. Las viviendas que muestran sus escombros, a la sombra de mansiones palaciegas, continúan en ruinas. El problema de la vivienda, agobiante de cuyo con anterioridad a la catástrofe de turno, la última inmediata, es otra de las soluciones en proyecto. Se vive de milagro, en plena intemperie, apiñadas las familias numerosas en celdas cochineras, ahogando el aire y la luz, retando al hachío de Kock. Y la reconstrucción, para quienes vivimos de nuestro salario, permanece, efémeramente, como antes, peor que antes, con el crecimiento constante de la población, en el sempiterno proyecto que no pasa de proyecto.

Y aparece, como premio y recompensa al stajanovismo impuesto por el Estado a los auténticos trabajadores; aparece, repetimos, el fantasma del paro obrero, como albarda sobre albarda, sobre las sumisas espaldas del pueblo productor.

¿Es posible la realización del Comunismo Anárquico?

El compañero francés Respaut dijo no ha mucho en un acto público que unos economistas señalaron recientemente en unas obras sobre economía, la posibilidad de reinstauración de una economía libertaria; encontrando, pues, factible tal solución. Nosotros, por nuestra parte, la encontramos también y no tenemos error al afirmar que es la única solución para acabar con la desigualdad social.

«Cuáles son, pues, los factores que impiden su inmediata aplicación? Principalmente, el moral. Consideramos por factor moral, la superación individual y colectiva de la sociedad humana, con el fin de que cambie poco a poco su pensamiento autoritario y bifurque hacia la apreciación anárquica de las cosas.

De orden económico, no podría haber un factor cuando sabemos que la ciencia ha centuplicado los medios mecánicos de producción. En pocos días, pocos hombres, producen cantidad incalculable de alimentos, vestidos, objetos varios, etc. Los transportes, cada vez más modernos, transportan con rapidez los productos. Cuán lejos estamos hoy de la carrera romana: un avión une Buenos Aires con Madrid en 30 horas.

lución que no sea ácratamente constructiva, tiende a perecer. Su aparente persistencia es la contrarrevolución en marcha, degeneración ulterior y su muerte final.

Observamos una carencia alarmante de individuos anárquicos que, a su vez, se extiendan en grupos o movimientos con savia anárquica. La unidad-material que necesitamos es el individuo anárquico. Como el compañero Peirats expresaba en reciente conferencia, debemos de sentir vergüenza de nuestra deficiencia, de nuestros defectos, de nuestra poca capacidad en el terreno profesional y social; vergüenza considerada individualmente.

Sería iluso el pretender mejorarnos, en la espera de un mayor

Por SUNO

ambiente de libertad: el factor económico es indiferente a la superación. El individuo, célula de la sociedad, eslabón de la especie humana, es el material que posemos para la proyectada realización. Si éste no tiene un sentimiento ni una educación anárquica complementada con su proceder individual y colectivo, sería difícil y hasta imposible la implantación deseada. El individuo puede ya vivir anárquicamente; moralmente, no hay ningún tirano que le impida ser libre, y si materialmente se ve condenado a la explotación durante unas horas, no deja de tener otras en que puede poner su sentir ácrata en

consonancia con sus actos. El individuo anárquico debe acratizar las mentes que le circundan, sea en el seno de la familia, de la veindad, de la aglomeración y del gremialismo obrero. Un movimiento obrero, por muy voluminoso que sea, carente de savia anárquica, será siempre una rueda de molino, girando sobre los mismos defectos. No debe de interesarnos la mejora de salarios, sino la supresión de éstos. El individuo anárquico debe tratar de anarquizar al sindicalismo, de lo contrario, será éste quien lo sindicalice.

Exaltamos, pues, la superación individual y colectiva de la sociedad en el sentido moral; hagamos comprender tanto en el taller como en el centro intelectual, la monstruosidad del autoritarismo y la radiante belleza y armonía del anarquismo; eduquemos anárquicamente a las gentes y, en el probable doloroso alumbramiento de un mundo nuevo, con capacidad organicemos anárquicamente la sociedad.

A tal efecto, hoy y no mañana, para cuando llegue el momento, no caer en los defectos de las revoluciones precedentes. El comunismo anárquico es ya realizable. Su implantación está condicionada a la educación anárquica de la sociedad. Con una educación pura y simplemente sindicalista, no progresaremos nunca. «El principal obstáculo a la implantación del comunismo anárquico—decía el viejo Mari— está en nosotros mismos». Desfanaticemos y anarquicemos sin descanso al espíritu humano.

EL HOMBRE Y EL ESTADO

Si difícil resulta terminar con un gobierno, infinitamente más difícil es acabar con las costumbres gubernamentales. Las gentes creen todavía que el parlamento, los políticos, la constitución y la magistratura, sirven para algo. No negan a convenirse de que allí en donde exista la autoridad de unos pocos, tiene que existir, forzosamente, la esclavitud de muchos.

Una borrachera colectiva nacida en un cuartel, puede motivar fácilmente un cambio de gobierno. Lo que no engendrará jamás, es una transformación moral y social de la vida de un pueblo.

Raro es hoy el país en el que puede perdurar un ministerio, pero el cambio de gobernantes no modifica en nada fundamental la situación de los gobernados. A lo sumo puede ocurrir que el espejismo de la política habilidosa haga desaparecer, por un instante, la impresión de la política brutal del totalitarismo. Pero ese espejismo, como todos, no pasa de ser una ilusión pasajera que nada puede contra la realidad.

El origen de tan grave enfermedad se encuentra precisamente en quienes sufren las consecuencias: en los hombres. Si éstos comprendieran su insignificancia ante la Naturaleza, quizás comprenderían, al mismo tiempo, su importancia en tanto que seres humanos. Pero los hombres quieren luchar contra las leyes naturales, que nos hicieron libres e iguales en derechos, y aceptan la imposición de algunos de nosotros semejantes que, como nosotros, son partículas dependientes de la Dios del mundo: de la Naturaleza.

Los hombres parecen empeñarse en ser pígameos, pudiendo ser colosos. Sufren las consecuencias de sus propios errores y luchan contra ellos incurriendo en las mismas equivocaciones. Salen de la tiranía para someterse de nuevo a un tirano. Cambian de opresor, pero no terminan con la opresión.

Un discurso incendiario puede hacer de las masas un ariete demoleedor de un rey, pero no destruye el trono; a lo sumo lo cubre con un gorro frío. Lo mismo ocurre con las urnas electorales: admiten votos para o contra el político, pero suman sufragios para la política.

Generalmente el que vota lo hace más para evitar que salga elegido aquél a quien teme, que para apoyar a aquél a quien, en el mejor de los casos, desconoce. Con su voto obtiene precisamente lo que pretende impedir. Puede lograr que cambie un procedimiento, pero no evita el resultado. Y el resultado es la situación caótica en que viven hombres y pueblos.

sa maquinaria a millones de hombres. He ahí una estampa irrealizable de lo que el Estado es y de lo que supone en la vida y desarrollo de los pueblos.

El mal, pues, no reside en la forma de gobierno, en color del régimen o en el de la constitución; reside en el propio gobierno, sea cual sea su forma, sea cual sea el régimen y sea cual sea la constitución. Lo importante no es cambiar su forma. Es impedir su desarrollo. A la serpiente no se le liman los colmillos; se destroza, se destruye, para evitar que haga daño. No hay que buscar hombres honrados, inteligentes o capacitados para que nos gobiernen. Hemos de aprender a gobernarnos nosotros mismos, sin aceptar otra corona que la de nuestra condición de hombres.

Las urnas deben merecer nuestro desprecio. Los políticos no deben poder mermar en nuestro ánimo. Los reyes deben autojersenos hombres, aun a despecho de su abdicación en ese sentido. El Estado debe ser nuestro peor enemigo. Y frente a la desorganización social imperante, a la justicia que nos humilla y avasalla, debemos oponer la fuerza de nuestros ideales.

Somos ricos, poseemos también un privilegio; tenemos el tesoro de nuestras ideas, que nada ni nadie puede arrebatarnos. Con tan enorme bagaje es posible remontar la corriente, es factible desahacer el actual estado de cosas, es realizable el sistema de vida en donde el hombre sepa apreciar su importancia y el valor de su libertad en tanto que individuo y en tanto que fracción de la especie humana.

Al Estado, negación de la libertad, hay que oponer la libertad misma. Al político, hay que despojarlo de la política. Al magistrado, de la ley.

Cuando todos seamos hombres, y sólo hombres, la sociedad será tan bella como la propia Naturaleza, porque será parte de ella, porque será natural.

JUAN PINTADO.

De la crítica

Se ha dicho ya: la crítica elevada, razonada, producto de un deseo de superar, es digna y loable. Pero la crítica jesuitica, malintencionada, hiriente, es pernicioso y degradante para quien la ejerce.

Hay quien se dedica a escribir cajunias y más cajunias; hay quien se entretiene en vilipendiar por el solo placer de hacerlo o para justificar lo injustificable. Placer raro, indigno de hombres, y propio, en todo caso, de gentes ajenas al pensamiento libre y libertario.

Los hechos valen siempre más que las palabras, son más elocuentes, más terminantes. Con los hechos se muestra lo que uno vale, con las palabras, a lo sumo, lo que se es, si se es muy poco o nada. En la marcha ascendente no pesa

de ideales de justicia, sólo existe un camino: el recto.

Lo tortuoso es despreciable, inaceptable, porque no conduce al objetivo, si el objetivo es digno del Hombre.

Y si el objetivo nada tiene de humano, de digno, entonces digamos que la crítica no es crítica sino arma destructora de lo bueno y sendero de perversidades que conduce al abismo de la amoralidad.

Aprendan a criticar, los que crean que la auto crítica no debe anteponerse a la crítica misma. Aprendan a criticar sus propias obras y así quizás lleguen a saber valorar las de los otros.

J. P. V.



Comadreo informativo

En 1950 se realizará el censo en Estados Unidos; 150.000 empleados de la oficina visitarán cuarenta millones de moradas, desde la calida Florida hasta la frígida Alaska, para obtener informes exactos y múltiples sobre las particularidades de los 150 millones de habitantes que debe contener actualmente el país. Cada censado deberá responder a sesenta preguntas cuando no sean agricultores, porque si lo son, le harán 200. Se harán cerca de un millón de mapas de calles, caminos, suburbios, plazas, etc., en los doscientos mil distritos en que se dividirá el país. Muchos de ellos se tomarán de alturas fantásticas con los nuevos aparatos exploradores de la

cinematógrafos con capacidad para 39.200 personas, que vieron, en el mes pasado, 269 películas diferentes, de las cuales el 71 % eran de origen norteamericano, 12 % de México... y el resto de España, Argentina, etc. En Venezuela, la explotación de películas norteamericanas produjo \$ 2.500.000 el año pasado.

Se anuncian huelgas a gran escala para protestar contra la ley anti-obrera aprobada en el Congreso por una mayoría de tres votos, obtenidos gracias a la coalición de los republicanos con los demócratas del Sur, que son más reaccionarios que los primeros. A cambio de este apoyo, se dice que los republicanos secundarán a los de-

Por A. SUX

estratosfera. Se emplearán tres mil máquinas de escribir y contar en las oficinas del Censo que expedirán catorce millones de tarjetas-pases. Se espera que la publicación completa del Censo de 1950 ocupará muchos más volúmenes que el de 1940, compuesto de 80. Cada diez años se realiza un censo; el primero fue en 1790; el de 1950 será el décimo séptimo.

Todavía se ignoran las preguntas, pero se dice que ellas estarán influenciadas por las preocupaciones económico-políticas que atormentan a la nación. Los censados futuros esperamos ser interrogados hasta sobre el color de nuestra medula...

Existen 30.000 periódicos editados en las escuelas de Estados Unidos. La mayor parte son cotidianos y algunos, como el de la Universidad de Iowa, tienen ocho páginas. El primer periódico escolar se llamó «Student Gazette», y era redactado por los alumnos del William Pen Charter School, de la ciudad de Filadelfia, en 1777. En 1866 apareció el «Literary Journal» de la Public Latin School, de Boston.

En esos periódicos se comentan libremente todos los asuntos que interesan a los estudiantes, desde los textos de estudio hasta la competencia de los profesores. Contiene, además, páginas literarias, dibujos y fotografías. Representan, en suma, el «Quinto Poder» dentro del Estado Educativo, y como tal se comporta ese periodismo juvenil e independiente.

El Departamento de Comercio acaba de publicar un folleto sobre el estado de los intercambios comerciales entre este Norte y el Sur de América, que engloba a los siguientes países: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, México, Nicaragua, Paraguay, Perú y Uruguay. En sus páginas se informa a los exportadores norteamericanos de un sin fin de cosas útiles sobre moneda, cambios, regulaciones oficiales, etc., etc.

Recruedece el interés por Latinoamérica desde el triunfo del comunismo chino; China ya no podrá ser mercado útil a la expansión industrial norteamericana, y en 1953 Europa dejará de serlo, con el agravante de que podrá ser competidora aventajada por la mano de obra más experta, barata y sumisa, y por las herramientas mecánicas que Estados Unidos ha llevado e instalado.

Se comenta en los círculos financieros la inversión del Gobierno de México para realizar este año el proyecto de irrigación del río Papaloapan, comparándolo con el del Valle del Tennessee, destinado a multiplicar la capacidad productiva de una inmensa región. Se dice que México gastará más de tres millones de dólares, y que los beneficios obtenidos para el mejoramiento de la existencia indígena serán extraordinarios.

El día que los pueblos, liberados del espectro de la guerra entre sus gobiernos, puedan multiplicar esta clase de obras, el hambre desaparecerá de la tierra por muchos miles de años, sin recurrir a los trucos científicos conocidos y aplicados ahora para aplacar las reacciones violentas de los estómagos vacíos.

Se ha extraído del subsuelo peruano, en 1948, catorce millones 69.093 barriles de petróleo crudo; de éstos se exportaron solamente 2.231.743. ¿Qué se hicieron los otros?

En las Islas Canarias hay 91

mócratas sureños en su lucha contra los derechos civiles que el presidente Truman desea otorgar a los negros de todos los Estados esclavistas.

Se está organizando una gigantesca compañía para la producción y la distribución mundial de las películas cinematográficas norteamericanas y extranjeras; personalidades de la Finanza, el Periodismo, la Literatura... y aunque no se crea de la Filosofía, han sido invitadas a colaborar. Somos muchos los que todavía no aceptamos...

Estampas norafricanas

PENITENTES...

A mi querido compañero M. Bernabeu, que me pidió en cierta ocasión que escribiera algo «diferente»...

Al llegar al comienzo de la cuenta que con el nombre de «Camino de Nuestra Señora de África» conocen todos los argelinos, la ajamónada beata descalzóse... y así, pies desnudos sobre el asfalto fresco de la mañana que se iniciaba, emprendió la ascensión que serpenteando la colina, conduce a la basílica.

Cumpla la promesa de penitencia que le impusiera—en no importa qué ocasión—su confesor acreditado, pago a la virgen por el pecado cometido.

Dulce penitencia había de ser, a mirar un poco la penitente de oxigenados cabellos, que, sonriente, proseguía camino arriba. Dulce, a pesar del doble castigo que le impusieran, ya que si la ascensión era larga y cansada, la calzada irregular «martirizaba» sus delicados pies.

Su fe hacía sufrir con gozo la prueba. La recompensa, el perdón por la falta a reivindicar ante la virgen, valía mucho más que el sufrimiento físico... ¿Con cuánta poca penitencia se cumplía?... ¿Con cuánta poca se rescataba el alma a las garras de un purgatorio tremebundo...

Dírase que iba a alguna solemnia, tal era la satisfacción reflejada en su rostro...

Tras de ella, Fátima, la mora vieja, vestida de harapos y miseria, huesos y piel acartonados, imagen miserable que escupía al mundo su desprecio, iniciaba también, como desde largos años y diariamente, la dura ascensión del calvario mañanero de su superlativa pobreza, rebuscando en los recipientes de basura depositados ante cada puerta, restos malolientes de una cena abundante, trapos, papeles, trozos de pan rescos y verdientes, que aliviaban su miseria...

Y Fátima, también camino de la basílica, sin pensar en ella, preocupada en llenar su saco de aprovechables inmundicias, no se descalzó: iba ya descalza.

Penitencia horrible que duraba años y años.

Si aquel confesor elegante impuso por pecado leve a la rubia ajamónada una ascensión, pies desnudos, para pagar su deuda al cielo... ¿qué deuda horrible de pecados sin fin, en sarta endemoniada, no habría cometido la vieja Fátima, descalza durante años y años, quizá desde que naciera, con ese subir del camino, sin horizontes sin esperanzas de perdón hasta su muerte, oliendo porquerías, rascándose las llagas verdes

De mis peregrinaciones europeas

UN ARTISTA LUCHADOR

Por Eugen Relgis

En esa hora de descanso, hojeo las veinte planchas del álbum de «uno-panietos», firmadas con las iniciales de Albert Daenens. Tengo la sensación de hojear un volumen de ensayos y artículos reducidos a su inmediata expresión esencial. La palabra reclama lógica, argumentos, estilo. La línea, especialmente la línea grabada, tiene que orientar la vista y la inteligencia en forma simultánea, debido a la simplicidad impuesta por la resistencia del material y los límites categóricos entre blanco y negro.

La ventaja que adquirió el arte grabatorio en los últimos años, con más exactitud; el renacimiento de este arte glorificado de Alberto Diirer, corresponde a las urgentes necesidades del orden social arruinado por la guerra o quebrantado por la revolución. El

grabado constituye un grito: una consigna, una idea concreta, un hecho en evolución. Por eso encontré en nuestros días tantos artistas que, a través del mismo, fueron devotos de los grandes ideales colectivos. En Frans Mase-reel, durante todo el tiempo de la guerra, ha publicado en un diario suizo todos los días uno de sus grabados—reproducido en todos los países del mundo—, que tuvo más repercusión que millares de artículos o centenares de volúmenes. La imagen grabada tiene la virtud de introducir directamente la idea casi sin experimentales elaboraciones o asimilaciones en la conciencia del que la observa.

«Lo que esperamos del artista—

escribíame una vez Alberto Daenens—es que él debe ser plenamente sincero. Debe tomar posición y tener coraje en la lucha para combatir un régimen henchido de injusticias. No sólo no de tener el valor, honesto y viril, de hacer tabla rasa del dogma de todas las escuelas y academias, sino también de los prejuicios de una sociedad anacrónica... De esta suerte es cómo hemos llegado al arte panfletario, que es el medio más preciso y eficaz para afirmarnos el pensamiento y expresar nuestra revuelta. Este arte humano que abarca también al de naturaleza proletaria. El arte proletario no significa solamente pintar o describir al de los trabajadores, la glorificación del trabajo. La imaginación y la fantasía no pueden ser excluidas...»

Los grabados sociales de Daenens—y no es el solo en este comunio—encierran en verdad un gran valor en lo que respecta a la crítica y renovación de las ideas acucias. Los grabados de este artista—consagrados a la guerra—y también al pacifismo y capitalismo—incluso a la revolución, evidencian una maestría técnica igualada por la claridad de su concepción. La energía de los trazos es estimulada por esa resonancia intrínseca de la imagen llevada hasta la última consecuencia. Así nos convence esta plancha: «Jusqu'au bout», el esqueleto de un soldado encadenado a un establecimiento bancario, al que custodia apoyado en el fusil. O «el Hombre-Máquina». El fondo, siluetas de fábricas y vapores y en el primer plano, «El Hombre-Máquina», caminando en cuatro patas (con las ruedas y los mástiles combinados) y en sus ancas a un hombre con abultado abdomen y sombrero de copa: el Capital todopoderoso.

«Si, el arte no puede sino servir a la paz; él debe ser puesto al servicio de la paz», expresa Daenens. En este encantador país, el problema es rápidamente resuelto. Los artistas y los intelectuales de Bélgica son de una vulgaridad y bajeza indignante. Aquí el arte, aun cuando se escribe con A mayúscula, nada tiene que hacer con la revolución o la paz. Es una de las formas del comercio, y los artistas son una especie de intermediarios que no buscan otra cosa que los medios de vender en gran escala y de ser dueños de un automóvil. Los comerciantes de cuadros son aquí tan (Pasa a la tercera).

Futuro reajuste

Hasta nosotros ha llegado la noticia de que Albornoz piensa reajustar su gabinete con nuevas aportaciones.

Se trata, ni más ni menos, que de dar cabida en su gobierno, al partido «socialista» de Negrin y a la U.G.T. de Amaro del Rosal. No cabe duda de que de ser cierta la información que poseemos, vamos a presenciar cosas curiosas, y cabe temer que el gobiernillo que pulula en París vea reforzadas sus cajas con la aportación metálica del insigne camarada don Juan Negrin.

Prieto, de estar informado de lo que antecede, no dejará de pensar en la importancia que para su partido tiene el que, por primera vez, sea reconocida como «P.S.O.E.» la fracción escisionista y comunistoide que capitanea el amo de las lentejas. Y la militancia del

partido socialista se preguntará, no sin razón, hasta qué punto era lógico seguir a don Inda en sus travesuras monarquizantes.

No nos faltan, por nuestra parte, nada tenemos que objetar a las determinaciones de don Diego y de don Alvaro, ya que con Negrin o sin Negrin, serán siempre ambos un par de sinvergüenzas de primera categoría.

GAVROCHE.

ECCE HOMO

Y no el de la leyenda. Sino el hombre actual, el nuestro, el de ahora, de los presentes tiempos, con toda desnudez y realidad.

«Ecce Homo! He ahí el Hombre!... El de hoy.

Un compuesto de lubricantes, nafta, dólares, pasiones, vicios, taras y... estopa.

Nada de espíritu, de pensamiento, de emociones, de sentido real del vivir como humano, como ser social y social.

Todo materia vil, sentido bestia del momento.

Lo bello, lo puro, lo suave, lo delicado, lo sublime, lo emotivo, es bueno solamente para retórica y crucifixión.

Dejadle a él, al Homo de hoy, gozar a kilómetro seguido, vivir intensa y brutalmente, emocionarse con violencia y grosería, con los sentidos en tensión y en fusión bestial, y con ello se satisficé todas sus inquietudes de materia en el crisol de su vanidad.

La vida que bulle a su alrede-

chos que no debían producirse, pero es vano ser racional, o que se lo crea al menos, hizo tabla rasa de toda esa literatura ética y filosófica, y creó nuevas normas.

Dilemas estimados como pellizcos por los embusteros y telones, fueron adquiriendo carta de naturaleza y el señuelo de liberaciones de tiranías supuestas, quebró la buena disposición de los pocos que vieron claro, y la vida humana se desvalorizó hasta constituir una cosa pasajera e ingrata, que una segunda prueba dejó en calidad de misero despojo, para que los poderes del mal pudieran regir a la bestia menor mediante su misma sujeción al servilismo.

Y todo adquirió el matiz y la realidad de un conjunto aprovechable para servirse del sujeto como cosa manejable a placer y regodeo de los interesados en zampar.

Los valores supuestos de antes, pasaron a entelequias románticas de unos tiempos «demodés», y el sencillo brujo dejó tentarse

Por Germina Alba

dor, lo que vibra y se crea a su torno, no le dice nada ni nada le importa.

Lo valioso, lo que cuenta, es el placer artificioso del momento.

La saturación de «su» vivir, es lo fuerte, lo real, lo tangible, aunque luego sienta el latigazo de la violación a las necesidades intrínsecas de su organismo.

Ecce el Homo de las grandes urbes, emporios de placeres y de disfrutes, de tentaciones y de peligros, que el moderno pelele ciudadano afronta con todas las vulturas, en ese momento de vértigo y de vida intensa sin reflexionar, al ritmo de lo mecánico y de los intereses conducentes a la intensificación del poder en pocas manos, manos que aprietan cual tenazas para mejor dopar a la turba.

Un vivir plácido, completo, con la emoción del estudio, de la observación, de la silente y fecunda calma creadora, no es de nuestro tiempo.

Hoy predomina lo trivial, fugaz, pasajero, pero intenso y brutal, como el comportarse de las naciones entre sí.

Un tiempo creyó el Homo, haber logrado el ascenso dignificador, y plasmó en escritos sabios, mejorables y ascendibles, normas de conducta, críticas a cosas y he-

en provecho de los que mandan. El bruto que es el valor eficiente y real, si quiere demostrarlo algún día.

Pero el organismo prepotente está bien organizado para quebrar toda rebeldía si llegara a recuperarse retornando a lo que pudo ser o a lo que se encaminaba no hace todavía un siglo.

Todo contribuye a mistificar engañosamente, los valores de hoy: vivienda, familia, costumbres, arte, literatura, espectáculos, ciencias, diversiones, alimentación, «disfrutes», en fin, cuanto puede apeteer la bestia cansada de un trabajo agotador y torturante, con lo que los poderosos consiguen triunfar.

«Ecce Homo!... He ahí, vencido, humillado, convertido en cosa, pero satisfecho, tanto como la bestia cuya bazofia le dejan ocluir...»

«Ecce Homo!... ¡Ecce Homo! Sentirás un día, el instinto que clame para terminar tu pobre condición de paria servidor y rastro, con todo y tus supuestos gocees? Serás capaz de elevarte por sobre tus instintos y pensar por tu cuenta?»

«Ecce Homo! tan pobre como aquel de la leyenda que dejó crucificarse con la tanta vanidad de salvar a los demás.

La psicosis de decadencia y retroceso

El snobismo de la mirada atrás no es un mal específicamente nuestro. Todo tiempo tuvo sus profetas que predicaban la vuelta al pasado y buscaban la edad de oro en los siglos pretéritos, maldiciendo el presente y temblando ante la idea del futuro. No es la primera vez que media humanidad quiere avanzar hacia el mañana, mientras la otra mitad grita hasta sofocarse que el ayer es la única solución y el retroceso la única táctica; el temor a lo desconocido ha existido siempre y la obsesión de decadencia no es cosa nueva: los hombres se complacen en descubrir todos los días que el progreso es una quimera y quieren por fuerza asustarnos de las quimeras.

La psicosis de banquerota nos aturde hoy con sus demostraciones, sus argumentos y sus manifiestos—la decadencia ya ha descubierto la eficacia sutil de los manifiestos y posee el arte de redactarlos como un buen agente de publicidad—. No hay discurso político ni conferencia, ni artículo periodístico que no dedique un párrafo solemne a evocar los felices años de 1900, y otro más solemne todavía a declarar que la decadencia de nuestra época es general y que la humanidad tiene ante sí un dilema preciso: la persistencia en la caída—cada vez más vertiginosa—, o el sencillo paso acrobático que borra cincuenta años en un instante y la transporte como por arte de magia al tan venerado principio de siglo, edad de maravillas donde el hombre era feliz y el mundo no conocía las lágrimas.

Lo curioso—y lo alentador—es que la elaboración de tal disyuntiva no es ni mucho menos característica propia de nuestra agitada postguerra. Conoció ya la Edad Media, en sus invocaciones ingenuas al primitivo espíritu cristiano, y la Edad Moderna en los ensueños románticos de Rousseau; dióle cabida en parte el Renacimiento, con su devoción mística por las tradiciones clásicas, y la intelectualidad—no toda, es cierto—que en los albores de nuestro siglo suspiraba emocionada ansiando el retorno a la ideal remitiencia platónica. El mundo de hoy se limita a mantener la psi-

cosis, evitando cuidadosamente su desaparición, y a propagar como de costumbre que el cambio es una utopía peligrosa; conserva la herencia de siglos precedentes y se esfuerza en persuadir al hombre de que la prudencia es sinónimo de cobardía.

En realidad la psicosis no se atreve a negar el progreso—eso sería demasiado, y ella tiene el sentido de la medida—. Lo que hace es convertir el problema en un juego de palabras, afirmando que el progreso radica justamente en el paso atrás y que la forma sacramental—no es otra que el regreso cauteloso al punto de partida. La decadencia del presente le parece tan corrompida, tan incapaz de ser otra cosa que decadencia, que le es imposible encontrar en ella un principio activo de superación; no, hay que marchar hacia el pasado para descu-

lo es—, en modo alguno su reconocimiento obliga a la sumisión del dilema «persistencia o retroceso». Sostener la decadencia de la cultura, la ética, la organización social, o lisa y llanamente de los principios humanos que en la actualidad tienen vida, no puede conducir por lógica inexorable a la antigua y gastada teoría de la regresión creadora; ésta nace de un prejuicio anterior a la idea de decadencia: llegaría a decir que se alegró de que exista la decadencia para poder excusar sus nostalgias del ayer. El reconocimiento del fracaso actual debe por el contrario plantear la necesidad de una búsqueda nueva, jamás el retorno a una fórmula anterior a la crisis; porque si antes la ha permitido, mañana volverá a repetirla.

Decadencia y retroceso son, más que dispares, antagónicos. Si la

Por Ricardo Mejías Peña

brir principios; marchar contra el tiempo, contra la vida, contra todo lo que no sea retroceso.

Los apóstoles destacados de la redención por vía regresiva, con mas elegancia y menos pobreza mental, sostienen la misma doctrina adocenada de los célebres cincuentones: todo tiempo pasado fué mejor. También con ellos, los teóricos de la decadencia y retroceso hablan del ayer como de un paraíso mahometano—con huries complacientes a voluntad—y del retorno como una transformación prometedor y fructífera. Idealizar el pasado con idéntico idealismo ramplón al que suelen emplear los cincuentones en sus momentos de enternecimiento por la infancia lejana, cuando derraman lágrimas sus amores de adolescentes y proclaman con tristeza que el presente es un pálido reflejo del pasado encantador. Idéntica lógica, idéntico temor al futuro: por simple razón biológica en unos, por conservadurismo temperamental en otros, cincuentones y teóricos regresivos pallidecen ante el porvenir.

Sea cierta o no la decadencia actual del hombre y de la órbita humana—y yo creo que en parte

edad de oro debe buscarse en la lejana, cabe decir que no ha sido lo sumientemente bella como para que los hombres le impidieran morir; y si no ha sido bella, su oro es pobre producto de una alquimia bastarda. Puede acaso aceptarse que los hombres hayan alcanzado la felicidad y se hayan permitido luego el capricho de perderla? No puede creerse, no puede tolerarse una verdad marchita y descolorida; su oro tiene va moho y merece arrinconarse en un museo, conservado en alcohol para resistir la acción del tiempo.

El aposlato del retroceso salvador escupe la decadencia y se aprovecha de ella como un motivo de publicidad. Ni le preocupa el destino d el hombre ni cree en su salvación; pretende solamente retardar el desastre, con la esperanza de que el regreso al pasado aleje el futuro y postergue el desenlace. Ha llegado a la conclusión de que debe descartarse la esperanza de extinguir el mal y se conforma con conseguir una prórroga; mira el fin como una etapa inevitable y se ha resignado a volverle la espalda. Espera, pero vencido de antemano; la derrota está en él.

DIVAGACIONES

Un hermano, un pariente, es algo que encontramos hecho al venir al mundo; algo que alguien hace por nosotros, antes o después de venir nosotros al mundo.

No queremos degradar ni menoscabar la importancia de la familia, del llamado vínculo de la sangre; queremos destacar, sacar del anonimato—con Epicuro, que no era pedarasta—el valor de lo que no encontramos hecho y que nadie puede hacer por nosotros.

Queremos cantar las excelencias de esa afinidad electiva—espiritualmente humana y creada por el hombre—que denominamos amistad.

El amigo—al revés del hermano, del poeta y del genio—no nace, se hace; el amigo hace al amigo. La amistad crea y acumula amistad.

No se hace el amigo moldeándolo a nuestra imagen y semejanza, cortándolo a nuestra medida,

lesionando su soberanía, avasallando su voluntad.

No es condición precisa que tenga nuestra propia talla, nuestros propios gustos, participe en un todo de nuestro criterio, discorra por nuestra mente y hable por nuestra misma voz.

La amistad no es tampoco un compromiso con reglas y cláusulas de obediencia; no se puede definir ni codificar la amistad.

El azar nos coloca ante el hombre—el amigo en bruto—; el amigo hay todavía que buscarlo, primeramente, y elegirlo, después.

Y entre los valores más nobles, entre los sentimientos más venerables, por encima de las barreras de la sangre, de la casta, de la raza y de la religión—causa frecuente de conflictos fratricidas—destaca la amistad como un sentimiento social trascendental de primera magnitud.—X.